



PRECIOS DE SUSCRICION.

AÑO 1. En VALENCIA: Un mes, ó sean cuatro números, 6 rs. Tres meses 18 rs.—Seis meses 54 rs.—Un año 66 rs.

ADMINISTRACION:

Plaza de San Jorge, imprenta de José Rius.

Se publica todos los domingos.

Valencia 6 Diciembre 1863.

PRECIOS DE SUSCRICION.

En PROVINCIAS: Tres meses 24 rs.—Seis meses 42 rs.—Un año 80 rs.—Estranjero y Ultramar un año 120 rs.—Un número suelto 2 rs.

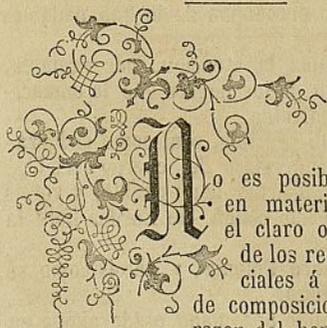
NÚM. 2.

SUMARIO.

Revista de la semana, por D. Luis Fabra y Cavero.—Un mundo aparte, por D. Pedro Manuel Yago.—Dolora: Fuente inagotable, poesia por D. Ramon Campoamor.—Estaba escrito, poesia por D. Jacinto Labaila.—Lord Byron, por don Teodoro Llorente.—Bolsa, por X.—La Familia, por D. Angelino Esteller.—La Cruz de la Agonia. Fantástica, por D. Luis Navarro y Porras.—Notas.—Anuncio.—Geroglífico.

Láminas.—Lord Byron.—La bolsa de Paris.—Tipos valencianos: La ramilletera.

REVISTA DE LA SEMANA.



No es posible dudar que en materia de pintura el claro oscuro es uno de los requisitos esenciales á todo género de composicion. Si del corazon del hombre pudiéramos borrar ese tinte sombrío que engendran el egoismo, la envidia y otras miserias que tienen allí sus principales raíces sustituyéndole por ese colorido brillante hijo de la abnegacion y de la tolerancia, tendríamos un cuadro, sino de tanto efecto, por lo menos mas próximo á la perfeccion.

Pero el corazon humano es esclavo en esta parte de las reglas del arte; y sus tintas oscuras producen rivalidades que se manifiestan por medio de venganzas privadas. Ahora bien, si de induccion en induccion nos remontamos á la masa general de asociados ó sea al conjunto de ellos considerados como nacion, veremos allí reflejado el individuo con sus virtudes y defectos, y abrigando aquellas mismas rivalidades, cuyas manifestaciones entonces dan origen á trascendentales consecuencias. De aquí las guerras y trastornos que han affligido á la humanidad y que á nuestro modo de ver continuarán, á no ser que por fortuna llegue á realizarse el bello ideal de algunos utopistas.

Así vemos los Estados Unidos envueltos en una horrible lucha; y segun las últimas noticias el general confederado Longstret ha alcanzado un triunfo sobre Burnside, quien se ha retirado á Indoville.

Santo Domingo parece que empieza á pronunciarse contra los insurrectos, á quienes ha batido el general Santana, dejándoles trescientos muertos en el campo. Hora es ya de que termine esa guerra que pudiera llamarse fratricida, y de que los infelices isleños reconociendo su error tornen al seno de la madre patria que los recibirá con indulgencia.

La Polonia continúa siendo teatro de sangrientas escenas; y en Alemania se perciben vagos rumores que son como preludios de alguna erupcion política.

El cadáver de Federico VII, rey de Dinamarca, ha sido trasladado desde el palacio de Glucksburgo á la iglesia de la Trinidad en

Copenhague, donde quedará en depósito provisional hasta el 15 de Diciembre próximo. El cadáver será inhumado en el panteon de la iglesia del palacio de Roskild, lugar destinado para sepultura de los reyes de Dinamarca desde el año 1640. Si la muerte ha sido compasiva con este soberano concediéndole la paz del sepulcro, no lo ha sido tanto con su pais, donde ha sembrado discordias y rivalidades. Cuando apenas el último aliento de Federico VII, se confundia con la proclamacion del príncipe Cristian, hecha por el presidente del consejo desde el balcon del palacio de Ckinstamburg, otro pretendiente se presenta en la liza negándose á reconocer al nuevo soberano como duque de Schleswig-Holestein. La mayor parte de los estados de Alemania apoyan al príncipe Federico de Augustemburg, y ojalá que estas cuestiones tengan una solucion pacífica.

En este estado de agitación general todos fijan su atencion en las mayores ó menores probabilidades que ofrece la celebracion de un congreso europeo; del cual brote la luz que ha de disipar las tinieblas. A este pensamiento, iniciado por el emperador Napoleon, se han adherido la mayor parte de los soberanos de Europa; pero ignoramos si se disiparán todavía tan prematuras esperanzas.

El sábado 28, con motivo del cumpleaños de S. A. R. el Sermo. Sr. Príncipe de Asturias se colocó en Madrid en la plaza de Isabel II, junto al teatro Real, la estatua de la Comedia. Y en aquel mismo dia corrió la nueva fuente del jardin de la plaza de Oriente, cuyos

caprichosos juegos de aguas admirablemente combinados, han merecido los mas justos elogios.

El lunes por la noche se verificó en el Real Conservatorio de música y declamacion, el solemne acto de distribuirse los premios por Su Magestad á los alumnos agraciados en el último concurso. La novedad de la funcion y la presencia de SS. MM. la Reina y el Rey y real familia, habian atraído al Conservatorio una concurrencia escogida y numerosa, que contemplaba absorta las bondadosas muestras de complacencia con que la Reina Isabel alentaba á los jóvenes que recibían de sus augustas manos el premio merecido á sus trabajos.

El cuerpo de artillería que se halla de guarnicion en Valencia ha celebrado con gran pompa en la iglesia del Temple la fiesta anual á su patrona santa Bárbara: el día 5 tuvo lugar en dicha iglesia el aniversario por las almas de los fallecidos durante el año anterior. Ambos actos estuvieron sumamente concurridos con asistencia de las autoridades eclesiásticas y militares y demás personas notables, que correspondieron á la galante invitacion de la oficialidad de dicho cuerpo.

Y vaya de teatros: En el Real el estreno de la *Lucrecia* ha sido lamentable; llamados los cantantes á escena, en vez de una ovacion recibieron una demostracion poco lisonjera. En cambio la Patti ha conseguido otro triunfo en el papel de *Rosina* en el *Barbero de Sevilla*: el entusiasmo del público rayó en delirio, y al llamarla á escena entre nutridos aplausos se vió cubierta materialmente de flores.

En el teatro del Circo se ha puesto en escena el *Sueño de un malvado*, los espectros entretuvieron á la numerosa concurrencia y el público la recibió con agrado.

En el de la Zarzuela se ha estrenado el juguete lírico bilingüe, letra de D. Rafael María Liern y música de D. Francisco Barbieri. El éxito no ha podido ser mas lisonjero, el público aplaudió en repetidas ocasiones, llamando á los autores al palco escénico al finalizar la representacion.

En nuestra capital los teatros arrastran una vida pacífica y tranquila: lo único de particular que nos ha ofrecido el Principal durante la semana, ha sido el *Hernani*, que el público escuchó sin alterarse, y eso que no deja de ser una novedad en los tiempos que alcanzamos.

En la Princesa se ha puesto en escena la comedia en un acto de D. Enrique Gaspar, titulada *¡Pobres mugeres!* Las esperanzas que habíamos concebido acerca de esta obra no han salido fallidas; pues á pesar de no estar delineados con toda exactitud algunos caracteres, está escrita con tal gracia y facilidad, que el público siente que termine por el placer que experimenta al escuchar aquella versificación fluida y armoniosa. Se la aplaudió con justicia, y nosotros no podemos menos de enviarle nuestro mas sincero parabien á su autor.

LUIS FABRA Y CAVERO.

UN MUNDO APARTE.

(Consideraciones joco-tristes acerca de ciertos señores.)

Si dijéramos que en España existe una república, el número de cuyos súbditos va aumentando por momentos, el gobierno se alarmaría y la policía se pondría acto continuo en movimiento.

Si dijéramos que entre sus afiliados se cuentan los hombres mas ilustres de la nacion, altos dignatarios y títulos de Castilla, el asombro subiría de punto.

Si dijéramos que los súbditos de esa república se llaman el marqués de Molins, Carolina Coronado, Pacheco, Bermudez de Castro, Rubí, Villergas, Carlos Rubio, etc.; el

terrible fantasma levantado por el miedo vendría al suelo, la calma volvería á los corazones y la policía á sus puestos.

Y el hecho es en verdad que la literatura es una institucion democrática que justifica plenamente la filosófica calificación que se ha dado á sí misma al llamarse una república aparte.

Hasta ahora, como ha dicho muy bien mi particular amigo el *Museo Literario*, solo en la vida del espíritu, solo en el mundo de la inteligencia, se han podido acercar los hombres y fraternizar de veras.

Solo él reúne en paz los caracteres mas opuestos, los antecedentes mas contrarios: nacimiento, posición, fortuna, todo se borra y se confunde en él.

Hay literatos de origen oscuro como la noche de los tiempos: los hay de esclarecido origen, como el duque de Rivas.

Hay caballeros cruzados como Eguilaz, á quien honran dos cruces, la de Comendador de Carlos III y la del *Matrimonio*; y caballeros cruzados como Villamil.

Los hay rubios como el oro y como Carlos idem, y como Narciso Serra; otros morenos como Florencio Moreno Godino.

En fin, los hay jóvenes, viejos, barbudos, imberbes, altos... algunos tan altos que llegan hasta ministros, otros tan bajos, que colocados entre el vulgo, apenas se distinguen: gruesos, delgados, (en la redaccion del *Museo* hay uno).

Hay tambien en el gremio hombres que serán una gloria en literatura, pero ante los cuales huye horrorizada la libertad de las naciones, como Cadena.

Y gracias á que solo hay uno entre nosotros: si hubiera mas no podríamos estar con ellos los hombres de ciertas ideas. *Vivir entre cadenas, jamás, jamás, jamás.*

Los súbditos de esta república, son una gente muy singular. Poco respetuosos generalmente de las fórmulas establecidas en buena sociedad, han presentado y logrado introducir en los mejores círculos á hombres como ese miserable banquero que Ayala dió á conocer por primera vez en el teatro del Príncipe y á quien todo Madrid ha visto mezclado en una vergonzosa intriga; sugetos, en fin, como los asistentes de Serra, como las patronas de Breton y como *los dos compadres* de Suarez Bravo.

Empero hay que dispensárselo todo: ellos son el diablo: ellos, como Zorrilla, han hecho hablar á los muertos; y no solo hablar, sino sentir, á las flores y á las plantas, como Selgas.

Ellos todo lo pueden, todo les está permitido.

¿A qué otro, sino á Fernandez y Gonzalez, se le consentiría que llevase el luto y esterminio al hogar del ciudadano?

Solo para él son impunes esos terribles dramas con que llena de desolacion y sangre las pacíficas veladas, la tranquila morada de sus suscritores.

Por eso hay quien dice que los escritores modernos son inmorales.

Sin embargo, á pesar de todos sus defectos, generalmente se les tiene en mucho porque se dice que tienen talento.

Si yo me empeñara, probaría á mis lectores que por lo menos eso es muy cuestionable.

Es una opinion bastante generalizada la de que los hombres de talento tienen talento.

Pero es un error crasísimo.

Concedérselo, verbi gracia, á los literatos y negárselo á los editores!, es una evidente injusticia.

Entre un editor y un literato ¿quién de ambos utiliza el talento que se supone á uno de los dos?

El editor.

Pues convéznase la gente de que decir

que un escritor tiene talento y el editor no, es tan injusto como sería que los árboles de un huerto mio (supongamos que yo tengo un huerto) me disputasen la fruta que yo me como.

—Yo las he producido, me dirá el peral, por ejemplo,—pero yo me como las peras, le contestaré yo, y no deja de ser una razon á mi favor.

Está visto, está probado, que los poetas no saben lo que se pescan.

Entregados siempre á especulaciones abstractas, jamás han hecho lo que se llama una verdadera *especulacion*.

Un negociante, al plantear una empresa, admite escogidos socios.

Un poeta, al proclamar una idea y dedicar á ella sus esfuerzos, admite el concurso de todas las voluntades, de todas las inteligencias que se le quieran asociar: no pide á sus socios ni el nombre ni las garantías; no los conoce personalmente ni desea conocerlos.

Conseguido el resultado, hecho, como quien dice, el negocio, deja á la Providencia el cuidado de repartir los beneficios, y él, el gerente de la empresa, suele quedarse sin recoger los suyos.

Sin embargo, no suelen faltarle herederos.

El mundo que negó su aplauso y un pedazo de pan al moribundo Cervantes, ha gastado despues grandes sumas en levantarle estatuas y en comprar lujosas ediciones de sus obras.

Así ha compensado en beneficio de los editores la desgraciada suerte del autor de *El D. Quijote*.

Los editores han sido los herederos de Cervantes.

Cuando muere un poeta, las generaciones que le suceden, se entretienen, en compensacion de haberle negado los necesarios recursos en cantar sus alabanzas, que es una especie de *música celestial*; porque ya al pobre muerto ¿qué se le puede ofrecer de la tierra, que le plazca mas?

Triste es tener que confesarlo, pues en esto no han variado gran cosa los tiempos desde Cervantes hasta nuestros días.

Cuando, acabada su peregrinacion, el vate de nuestros tiempos hunda toda una vida de privaciones y amarguras bajo la losa de su sepulcro, de entre la recién removida tierra se levantan los vapores de una gloria póstuma á rodear la vaga esencia de su nombre, único despojo que el polvo vil no puede consumir.

Entonces la generacion que le vió pasar sin adivinarle, empieza á comprenderle y le tributa su aplauso.

Donde acaba el martirio del hombre, empieza la apoteosis del poeta.

¡Pobres poetas!

Efectivamente son muy desgraciados especuladores.

Siempre se preocupan de lo que nada les importa.

Mas les llama la atencion, por ejemplo, la emancipacion de los negros que la emancipacion de su individuo.

Son la parte sensible, son, como si dijéramos, el sistema nervioso del cuerpo social.

Asesinad la libertad de un pueblo, y vereis como en el opuesto confin de Europa llora la voz de un poeta.

Golpead sobre Polonia, y vereis como se queja Víctor Hugo.

Es que cuando una mano osada ahoga en sangre la autonomia de un pueblo, hiere á éste en el alma.

Los poetas son el alma de los pueblos.

En ellos únicamente reside ese *quid divinum*, que les hace ver bajo la capa engañosa muchas veces de los hechos, lo que los ojos del vulgo no ven, ese *quid divinum* que les hace buscar la esencia escondida del sentimiento,

despreciando la materialidad de los sucesos aparentes que lo oculta.

Nosotros estamos cansados de ver padres que castigan á sus hijos, madres en cuyas caricias no se traduce el vehemente afecto maternal, hombres indiferentes á sus deberes, pueblos indiferentes á sus glorias. Sin embargo, ellos, los poetas, solo saben hablar el inmenso amor de una madre en el peligro de un hijo, el escondido sentimiento que revela á un padre en la imperceptible lágrima que rueda silenciosa por la severa faz de un hombre cabe una cuna desierta. Solo ellos saben encontrar al hombre en las solemnes situaciones de la vida; solo Quintana vió un pueblo donde Napoleon I, una grey degenerada y servil; solo la voz del gran poeta sublevó el sentimiento de dignidad nacional, que las demás naciones creían apagado.

Nueva especie de alquimistas, todavía sueñan con esa *pedra filosofal* que llaman *fraternidad, regeneracion social*, etc.

Viageros atrevidos marchan al término de su viaje, desdeñando la compasiva sonrisa del mundo, con esa magnífica quimera en la mente.

Sin embargo, como los vagabundos trovadores de otros tiempos, se detienen en su camino cada vez donde se les antoja.

En medio de los intereses de este siglo mercantil, en medio de las situaciones menos á propósito de la vida, allí donde quieren, se paran á entonar una cántiga, un himno ó una plegaria.

Plácido y Andrés Chenier se detuvieron al borde de su tumba para pulsar la lira.

Gracias á ellos, sabemos cómo canta un poeta desde la eternidad.

P. M. YAGO.

DOLORA.

Fuente inagotable.

¡Amé una vez, y dos, inmensamente,
Y tres... y acaso mas...
Del corazon la inestinguible fuente
No se agota jamás!
¡Magnífico está el baile! ¡Encantadora
Se halla prendida á sí!
Resúmen de la vida en un hora
Es la existencia aquí.
¡Mirad qué hermosa está! ¡Si no la miro
Siquiera en ilusion,
Falta una cosa al aire que respiro...
¡Otra vez, corazon!
Mientras bailamos ¡ay! ¡el tiempo vuela!
¿Pero qué hemos de hacer?
La vida humana al fin solo es la tela
De que se hace el placer.
Allí va. ¡No, no va! ¡Mi pensamiento
De su imágen en pos
Aquí y allí; en la tierra y en el viento
La crea como Dios!
¡Maldito corazon que nunca cesa
De mudar y querer;
La carne de mi espíritu es hoy esa;
Como otra ha sido ayer!
¡Ira del cielo! Como nunca tierna
Baila con otro... ¡Oh Dios!
¡La breve vida á veces es eterna!
Ya va un instante... dos...
¡Ni una mirada de su amor merezco!
Van cuatro... seis... ¡Pardiez!
¡Cuando ella no me mira me aborrezco!
Van ocho... nueve... diez...
Y once van ya! ¡La eternidad entera
Tarda tanto en pasar?...
¡Oh, cuánto gemiria, si pudiera
Gemir sin respirar!...
Vamos, como ella, á enloquecer con esa;
Y con esta tambien...
—¡Divino! ¡Concepcion! — ¡Bravo! Teresa!
¿Que si vas bien? ¡muy bien!
—No quisiera mas dias de contento
Mercedes, por quien soy,
Qué de besos te dan de pensamiento.
Cuántos te miran hoy—
¡Huyamos de ella, huyamos alma mia!
¿Cómo huir? ¡maldicion!

Si exceptuando su amor todo me había.

¡Otra vez corazon!

¡En baile! ¡Vedla como siempre hermosa!..

—¿Que estoy muy triste Inés?

Tú no entiendes mi pena, eres dichosa.

Que es porque no amo? ¡Pues!

Te se ha subido Inés, con el contento

Al rostro el corazon:

Y eso no es, vive Dios, el sentimiento,

Eso es la sensacion.—

¡En baile! ¡en baile!—Tu semblante augura,

Castidad y salud:

Bien dicen Asuncion que la hermosura

Es casi una virtud.

¿Quién hoy, responde, tus encantos labra?

¿Dices que es la pasion

Ventura que deshace una palabra?

(—¡Cruel! ¡Tiene razon!)

(¡Allí pasa otra vez! Mas no es mi anhelo

Que se lo forja así...)

¿Que en qué pienso, Leonor, mirando al cielo?

¿Qué he de pensar? en ti.

¿Quién besará, mi bien, lábios tan bellos?...

Mas perdona, Leonor,

Quise decir: poner el alma en ellos...

¡Bendigo tu pudor!

Cuando te vi, cruzó por mi cabeza

Un pecado venial...

¿Si habrán dicho por tí que es la belleza

Demonio temporal?

Tu pupila, esa entrada de los cielos,

Me llena de embriaguéz:

No eres mia, Leonor, y tengo celos:

¿Qué es envidia? Tal vez,

¡Bella música á fe! ¡Cuál corresponde

Su acento á mi pasion!...

Esto lo vi con ella no sé dónde...

¡Siempre ella corazon!

¡Que sufrí?—Paz, no sufras; es el modo—

De que sufran por tí:

Una muger que me lo cuenta todo,

Me lo ha contado así...

Pasó el baile, y la noche. ¡Con el dia

Ya vendrá otra embriaguéz!..

¿Dónde la muerte está de esta agonía?

¡Otra vez corazon ¡ay! otra vez!

RAMON CAMPOAMOR.

¡ESTABA ESCRITO!

A Galatea.

Ciego está el mundo, Galatea mia,
Inconstante me juzga... ¡yo inconstante!...

¡Yo que te rindo tierna idolatria,

Siendo tu eterno amante!

¡Yo que te adoro desde aquel momento

En que vi los hechizos

Que natura esparció en tu pensamiento,

Y en tu rostro admirable,

Aspirando el amor en las miradas

De tus brillantes ojos movedizos!

No lo dudes jamás, pues que no ignoras

Que es imposible que de amores mude;

Mi pasion no han matado otras pasiones,

Y aunque lograrlo quise, nunca pude.

De tí hoy estoy ausente...

Para horrar tu imágen de mi pecho

De tí me han separado inútilmente;

El aura de mi patria hasta á aquí trae,

En alas de los vientos,

Tus dulces, tus dulcísimos acentos!

Jarron precioso de olorosos nardos,

Ángel que tu camino equivocaste,

Flecha dorada de suaves dardos

Que en mi alma te clavaste

Lanzada por la mano de la suerte

Para que yo probara

El dichoso martirio de quererte,

¡Por qué yo te vería

Y súbito al mirarte te amaría!

De este amor silencioso

No debe al mundo descorrerse el velo;

Tras él oculta esta pasion se encierra:

Sus ojos nunca mirarán al cielo,

Sus ojos siempre mirarán á tierra.

¡Ay, Galatea mia!

Ve tu tristeza y mi pesar profundo

Y que ver no puede

La ceguedad del mundo!

En el revuelto mar de la gran villa

En el piélago inmenso

De séres que aquí bogan, tambien bogo,

Y mezclo con las tuyas mi barquilla,

Pero en tí nada mas... solo en tí pienso!

Entre esta muchedumbre

Que la ambicion agita, en este centro

Del bien y el mal, en este humano bátrato,

Perdido en medio de él... solo me encuentro.

Aquí de tumbo en tumbo

Por los vajos de esta mar me ajito

Desconcertado el rumbo:

¡Estrella de mi noche,

Aquí los rayos de tu luz no alcanzan,

Aquí mis pensamientos anublados,

En noche densa sin cesar me lanzan! —

¡Magnífico paisaje! Es el Retiro.—

En su lecho de grana

El dia dá su postrimer suspiro,

El sol se va para volver mañana.—

Por estas calles de árboles, callado,

Solitario paseo,

Y triste, ensimismado,

En alas del deseo,

Mi pensamiento salva la distancia;

Del crepúsculo el aura soñolienta,

El mágico paisaje

Que á mi dormida vista se presenta,

Y el pálido celage,

Despiertan mis recuerdos seductores,

Y en alas de mi errante fantasía

Llegas á mí, muger de mis amores,

Celeste poesia

De mis sueños mejores,

Aroma de olorosas esperanzas,

Que complacido aspiro,

En las sombrías calles del Retiro!

¡Ay, que lejos de mí, siempre que lejos,

Del sol de tu hermosura

Me alumbran los magníficos reflejos!

La altísima barrera

Que entre los dos la suerte ha levantado,

Burlándola, solo saltarse puede

¡Ay, por qué el corazon habrá soñado,

Cubriéndose de luto,

Encontrar la ventura

Del paraíso en el vedado fruto!

Qué triste estoy, ¡mi vida!

¡Sin los amigos tiernos de la infancia,

Sin familia, sin patria... ¡sin mirarte!

En esta tierra torpe y descreída

Buscando una corona

Para con ella un dia coronarte!

Halagando al sombrío pensamiento

Con sonoros, pomposos oropeles

Soñando con el ruido

Que al cimbrearse mueven los laureles!

¡Ah! ¡la felicidad huye del hombre!—

El hombre es el juguete del destino;

Con múltiples caminos la existencia

Brinda á la juventud; y, en su demencia,

Siempre equivoca el hombre su camino!

Madrid.—1860.

JACINTO LABAILA.

LORD BYRON.

I.

Ha trascurrido mas de un tercio de siglo,
de un siglo tan impaciente que por un año pu-
diera computarse cada uno de sus dias, desde
que en Missolonghi, pequeña ciudad que oto-
manos y griegos disputábanse, espiró el renom-
brado poeta inglés lord Byron. Murió circunda-
do de tanta gloria como jamás alcanzóla durante
su vida poeta alguno, cual si, en sus femeniles
coquetterías, la Fortuna, contraria á todos los
eminentes varones en cuya frente resplandece
la luz ó la llama de la inspiracion, hubiérase
deleitado en prodigar sus no agradecidos fa-
vores al genio desdeñoso que con displicente
queja ó mordáz ironía contestaba á sus bene-
ficios. Al cerrar para siempre los ojos, en los
mejores dias de su edad, á los treinta y cinco
años, lord Byron habia apurado todos los go-
ces de la vida, hasta aquel que mas halagaba
su pueril vanidad, el único cuyo afán se so-
breponia á la afectada ligereza de su carácter,

la celebridad literaria. Su patria habíale rechazado con esa severidad del hipócrita puritanismo inglés, contra la cual complaciase en estrellarse el escéntrico lord, y este voluntario y casi apetezido destierro, aumentando á sus propios ojos su importancia, le daba pretexto para adoptar aires de proscribo, y remedar cómodamente al Dante, reclinado en los brazos de la graciosa condesa Guiccioli, bajo el cielo voluptuoso de Génova ó Florencia. Mientras tanto, las honestas doncellas de la austera aristocracia británica soñaban en el misántropo poeta del que con escándalo habíanlas apartado sus madres en los salones de Lóndres, y que para conquistar sus románticas simpatías, adunaba la mas esmerada distinción al prestigio de la moda y al no menos interesante de su reputación siniestra. Y la sensata Inglaterra unia al vituperio la apoteosis, levantando á los cielos el nombre del vate, á quien cerraba las puertas de su meticulosa sociedad. En aquel suelo, árido para la poesía, donde genios poderosos solo alcanzaron póstuma reputación á costa de esfuerzos colosales, donde el ciego Milton dictaba abandonado en el silencio de su pobre retiro, á su hija los versos de su obra inmortal; donde con su compañía de cómicos de la legua, Shakespeare «el que mas ha creado despues de Dios,» divertía con la grotesca farsa de sus sublimes dramas, á un auditorio grosero; donde Walter-Scott escondido bajo el pseudónimo, conquistaba con sus inimitadas novelas una trabajosa existencia; en aquel país un mozo insolente y libertino, que comenzó su carrera literaria agitando desautorizado el látigo de una sátira sangrienta sobre todas las cabezas respetables de la literatura inglesa, había asaltado de improviso el templo de la inmortalidad, y era aclamado por unánime acuerdo rey de la moderna poesía, de la poesía que se admiraba de sentir viva y palpitante en su cerrado corazón aquel pueblo de hombres de Estado ó de negocios.

La fama de Byron llenaba toda la Europa. Tras las luchas titánicas del imperio, durante las cuales el estruendo de los cañones había apagado la voz de la poesía, rui señor cuyos trinos jamás se escuchan en noches borrascosas, despues de aquel árido vacío en el reino de la inteligencia y del sentimiento, sofocados por el prosaismo que el genio práctico del primer Napoleón hizo pesar sobre la Francia, aguardaba el mundo, sediento de lo ideal, una voz que conmoviese los corazones, brindándoles la poesía que sin revelarla completamente, anunciaban los precursores de la nueva escuela literaria, madama de Stael y el vizconde de Chateaubriand. Estos dos genios ha-



Byron

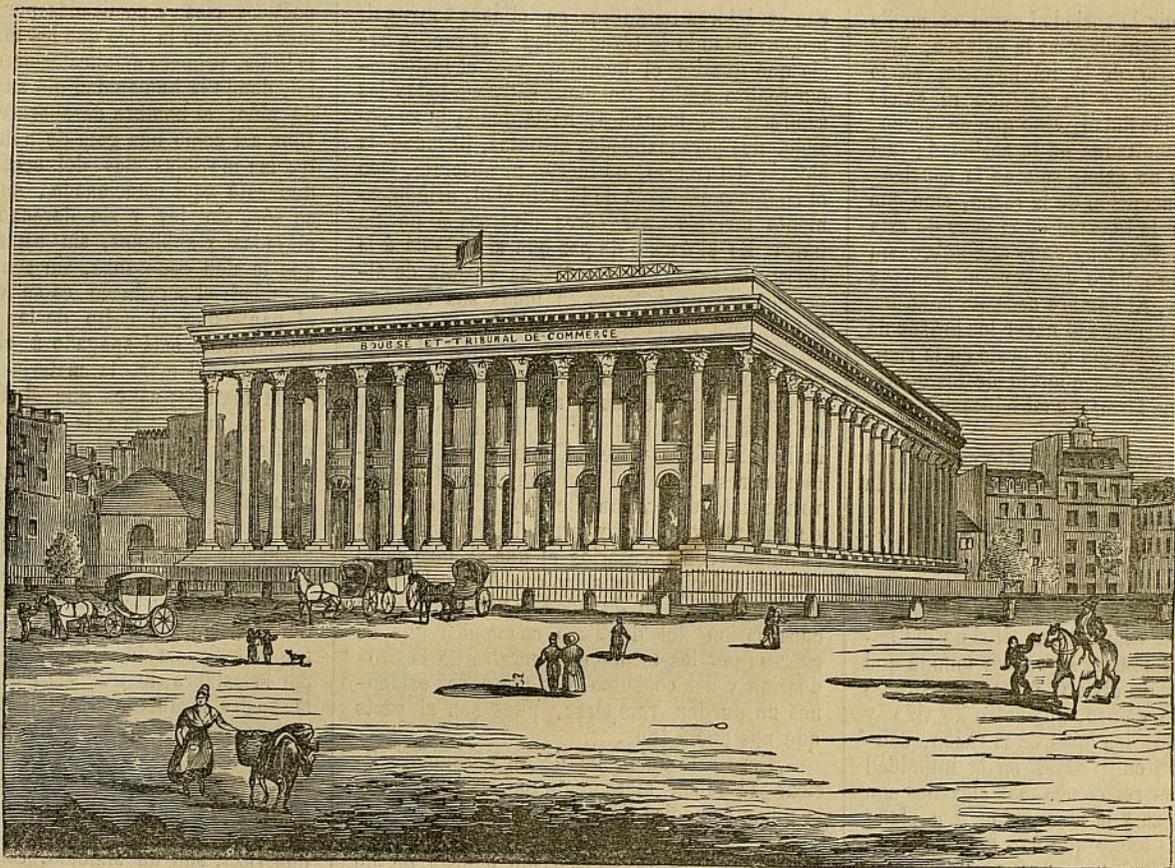
bían unido institivamente en su alma entusiasmada el odio á la opresión napoleónica con el culto á la nueva poesía, que iban á buscar, lejos de su patria, en la reflexiva Germania, cuyo renacimiento literario era una popular protesta contra las invasiones francesas; y en Inglaterra, la eterna enigma del emperador, Madama Stael, dando á conocer en su libro *sobre la Alemania*, el mas profundo que haya escrito muger alguna, una poesía desconocida á la Europa clásica, á cuyos ojos, ávidos de lo infinito que le negaban las gastadas imitaciones de la literatura pagana, abría vagos y misteriosos horizontes, y el autor del *Genio del Cristianismo* buscando ejemplos para su nueva arte poética en los cantos del *Paraiso perdido* y en las escenas de *Macbeth* ó de *Julietta*, preparaban el camino al poeta del siglo diez y nueve, que aun desconocido, era aguardado con esa profética simpatía, présaga de los grandes éxitos.

La Alemania y la Inglaterra debían disputarse la gloria de dar forma á la poesía que en espíritu inflamaba ya todos los ánimos. Despierta la Alemania del pesado letargo en que habían sumido su doble inteligencia las guerras religiosas y diplomáticas de los siglos XVII y XVIII, por la escitación de su sentimentalismo místico y patriótico, cuando produjeron una reacción nacional las fáciles conquistas napoleónicas, vió comenzar en los cantos guerreros de los estudiantes, que abandonaban las aulas para combatir á los franceses, invocando los legendarios recuerdos de la Edad media, una nueva era literaria, no fundada, como hasta entonces, en estrañas imitaciones, sino en las ideas y sentimientos

que constituyen el fondo del carácter germánico. Aunando en una poesía profunda y soñadora las sencillas ó fantásticas tradiciones de sus tiempos heroicos, el estudio estético del arte clásico y la investigación filosófica de la belleza; el amor simpático á una naturaleza sombría y la contemplación del mundo interior, propios de los pueblos septentrionales; la vaguedad de la fantasía y el calor reconcentrado del sentimiento; el instinto religioso y la completa libertad de investigación; la ingenuidad candorosa del carácter, y los alardes de una ciencia erudita, y dominando todas estas encontradas disposiciones, el ansia infinita de lo ideal, amor insaciable que pide sus alas al sentimiento, á la ciencia, á la fantasía, á todo lo que puede conducirle, aun á riesgo de perderse en el vacío, hácia ese ideal abstracto y supremo, la musa alemana encendió en todos los ramos de la literatura el fuego de una nueva inspiración; y despues de templar el arpa de los suspiros, que tan fu-

gitivas notas vibró en manos de Novalis, y de prestar acento vigoroso y apasionado á la voz simpática de Schiller, concentró todos los elementos de aquella grandiosa evolución del pensamiento germánico, en la vasta capacidad, en la serena inteligencia, en el núnen sobrehumano del grande Goethe.

Goethe es la encarnación mas genuina de la poesía alemana; es uno de esos colosos de la inteligencia que solo se levantan en aquel suelo, patria predilecta del pensamiento. Pero Goethe, encerrando su vida en los ocios literarios de su retiro de Weimar, dominando con mirada de águila todos los mundos de la poesía, arrancando su secreto al arte antiguo y al arte moderno, realizando y fundiendo todos los ideales, imparcial y tranquilo, entre las palpitantes creaciones de su núnen, sobre las que se eleva con esa serenidad olímpica, rasgo el mas distintivo de su carácter, no era el poeta, como el mundo lo comprendía, como el mundo lo esperaba. Era el sábio maestro que tiene plena conciencia de su arte, el mago insensible que agita sin conmoverse los resortes del alma humana y evoca el mundo fantástico de la imaginación, obediente á su superior conjuro; no era lo que la humanidad quiere que sea el poeta: no era bastante hombre. Faltábale ser arrebatado por su genio, en vez de dominarlo tan soberanamente, faltábale sentir desgarradas sus estrañas por la vibración del sentimiento, luchar con lo ideal, como Jacob con el ángel, gemir y desesperarse, é interrumpir su canto divino con las lágrimas del hombre. El genio teutónico no podía armonizar de tal modo las facultades humanas, y crear al *hombre tipo*, como (y no



BOLSA DE PARÍS.

dió nadie definición mas exacta) ha llamado Lamartine al poeta.

La altiva raza británica, cuyo genio eminentemente práctico concentra y resiste de valor mas positivo el profundo pensamiento germánico, perdido allende el Rhin en panteista vaguedad, y dá al individuo la vigorosa energía que favorece el desenvolvimiento de los caracteres elevados, debía formar con sus mas puros elementos el hijo predilecto de la moderna poesía. Entre la voz de los oradores políticos el estruendo de las fábricas y la prosáica agitación de la vida vulgar, no podía desarrollarse en Inglaterra un movimiento literario tan laborioso y entendido como en la entusiasta y docta Alemania; mas, por esa misma razon debía condenarse el sentimiento poético en un alma superior, en la que aumentase su intensidad la reaccion contra todos los elementos exteriores. Y, no levantado como Goethe sobre el trono que toda una generacion literaria le habia erigido, sino solo, sin maestros ni discípulos dignos de él, aparece en Inglaterra lord Byron, y al escuchar su voz reconoce la Europa al poeta del siglo.

TEODORO LLORENTE.

LA BOLSA DE PARÍS.

A principios del presente siglo se construyó en París el edificio destinado á la diaria reunion de negociantes, despues que muchas poblaciones de Francia gozaban hacia tiempo de esta importantísima mejora.

La Bolsa estuvo reducida por mucho tiempo á un salon del Real-Tesoro, de donde se trasladó á una de las salas del *Palais Royal*.

Napoleon, deseoso de levantar un magnífico monumento en el que estuviesen reunidos el Tribunal de Comercio y la Bolsa, confió el encargo de delinear el plan á Mr. Brongniart, hábil arquitecto, y el 24 de Marzo de 1808 se colocó la primera piedra del suntuoso palacio que representa el grabado.

Se construyó en el sitio que ocupaba el antiguo convento de monjas de Santo Tomás entre el *Palais-Royal* y el *Boulevard*; ofrece un

paralelógramo de 212 piés de largo, por 126 de ancho. Por sus cuatro costados presenta una magnífica columnata de órden corintio elevada sobre un basamento. Este peristilo, que circunvala todo el edificio, forma una galería cubierta, á la que se penetra por una gradería que ocupa toda la longitud de la fachada.

El salon de la Bolsa ocupa todo el piso bajo, tiene 116 piés de largo por 76 de ancho, y puede contener mas de 3,000 personas. En el lado opuesto á la fachada están las salas destinadas á la audiencia del Tribunal de Comercio; de forma que en el mismo sitio en que se contratan los negocios, residen los jueces que deben fallar sobre las diferencias que puedan suscitarse.

Hasta 1833 se permitia la entrada á las señoras, y no eran pocas las que concurrían diariamente á arruinarse en cálculos y combinaciones arriesgadas.

Los muchos curiosos que acuden se reúnen en grupos á hablar de noticias, y los extranjeros se buscan al rededor de las columnas.

A las cinco de la tarde es por lo regular cuando suena la campana para avisar á la concurrencia que es la hora de retirarse.

X.

LA FAMILIA.

¿Qué ha sido, qué es, qué debe ser la familia? hé aquí el problema que con vivísima emoción voy á plantear; problema que cierra con el broche de una tierna lágrima los santos recuerdos de mi perdido hogar.

La naturaleza del hombre es el principio de la organizacion de la sociedad.

El hombre, armonía viva del espíritu y de la naturaleza, misteriosa union de la idea y de la materia, se distingue de los demás seres por su personalidad, que es la razon que dá al sér racional la conciencia de sí mismo; bella flor que abre su cáliz para confundir su existencia y su conciencia, para formar un solo perfume de los dos elementos del espíritu humano, el divino é individual, el infinito y absoluto y el finito y condicional que constituyen la persona-

lidad que tiene su espresion en el *yo*. En la unidad y totalidad del *yo* brillan, armónica y lógicamente encadenadas, la inteligencia, el sentimiento y la voluntad que se relacionan desde luego al *yo* y se extienden á seguida á todos los órdenes de la existencia. Pero el hombre no se ha de encerrar, como la paloma en su capullo, dentro de ese *yo*, y allí no ver ni á la naturaleza que choca contra el muro de nuestra limitacion, ni á las esferas del sentimiento que ruedan modulando tiernos cantares en derredor de su personalidad; ha de volar, llevando en el fondo de su razon, su ley y su derecho, y en sus ideas al mundo, al seno de la especie: no ha de morir como individuo, sino existir como ese sér distinto de las generaciones que pasan, de las razas y pueblos que desaparecen y de las civilizaciones que sucumben; ha de revivir con todo lo que ha vivido, vivir con todo lo que vivirá, vivir, por fin, la vida eterna de la humanidad.

El hombre ha de vivir como individuo y como especie: el sér racional es sensible, libre, inteligente y social. La individualidad es la primera base del derecho como lo es de la humanidad; el individuo engendra la sociedad segun las leyes de la naturaleza. El individuo no saca su derecho ni de la familia, ni aun de la misma humanidad: lo tiene por su naturaleza eterna que tiene su fuente primera en esa armoniosa poesía, en ese candencioso ritmo de eternas verdades que llamamos dios; idea que me inspira la conviccion íntima de que la sociedad, para ser humana, ha de fundarse en el derecho, porque éste reside originariamente en el factor necesario de la sociedad, el hombre. Y no se crea por esto que divinizo la naturaleza humana; ni en mis creencias ni en mis convicciones entra el ser adorador de ninguna clase de fetichismo: la considero contingente, condicional, y por lo mismo sujeta al derecho, que es hijo de nuestra limitacion, de nuestra inteligencia, de nuestra naturaleza. En esta justa limitacion de todas las relaciones y de todas las esferas de accion es precisamente donde se halla la condicion, la razon de sér para el desenvolvimiento armónico y progresivo de toda la vida humana.

El sentimiento, la libertad y la intelligen-

cia hacen presumir la sociedad como el medio en que ha de desenvolverse: la palabra, instrumento necesario de la inteligencia, se lo impone. El hombre no ha existido ni existe solo en su individualidad, sino que se desenvuelve por sus facultades en la sociedad; así como el derecho no existe solo en la conciencia como una concepción de la razón, sino que se desarrolla por la libertad en el seno de esta misma sociedad. No comprendo al hombre sin ella, sería un geroglífico que la razón humana jamás descifraría. El hombre necesita la sociedad como el niño necesita al nacer los brazos de su madre, bella expresión que brotó en la riente imaginación del más querido de los queridos profesores que formaron mi educación científica y literaria.

La familia es, pues, el elemento constitutivo de la sociedad, el matrimonio la base de la familia.

¿Esta, se funda en la naturaleza del hombre, ó es una cosa factible hija de las preocupaciones sociales? la razón, la historia nos dicen que se funda en la naturaleza del hombre, el ser racional se completa en el seno del hogar doméstico en el cual se refleja todo lo que hay de humano y de divino, halla un eco todo sentimiento noble y puro, un centro de vida y de actividad todos los fines de la razón, santuario donde son cultivadas, en la intimidad más profunda, las relaciones más elevadas con Dios, la naturaleza y la humanidad. Las plantas son perfectas luego que han hecho raíces.

Así como la sociedad se compendia en el hombre, la familia se resume en la mujer ángel cuya hermosura nos inspira ese éxtasis en que el alma se exhala del cuerpo para reposar tranquila en el seno de otra alma; copa de fe que recoge el fuego del sacrificio y de la abnegación, lira que suena al menor beso del sentimiento, cincel siempre pronto á encarnar en el espacio las creencias que cruzan por su conciencia, pintada alondra que anuncia nuevos días de vida y regeneración á los pueblos que sucumben y mueren. A la aurora y al ocaso de todos los grandes pensamientos, de todas las grandes ideas ha precedido una mujer como preceden esas trémulas y fúlgidas estrellas que, ó se estinguen entre la luz del día, ó se pierden entre las millares de lámparas que cuelgan en la serena noche de la azul bóveda del cielo: mujeres reales ó ideales, almas de amor que han poblado de genios el mundo, el batir de sus alas lo sentimos siempre, desde que niños recibimos la primera sonrisa y bebemos la primera lágrima en el seno de una mujer que amamos siempre, cuyo recuerdo nunca se estingue, y cuyo culto jamás se olvida, una madre.

La familia, esta segunda alma de la humanidad, esta personalidad jurídica, principia tan luego como se ha celebrado el matrimonio con la solemnidad debida, los hijos dilatan, ensanchan esa personalidad, pero no la crean.

El matrimonio, pues, representa la unidad del ser humano en la totalidad de sus fines; en la fórmula que expresa la unión de estas dos individualidades, el hombre y la mujer, así como el ser humano representa la unión de un espíritu y de un cuerpo que se penetran recíprocamente. Pero uno y otro tienen tendencias diversas cuya realización hace necesario el concurso de uno y otro sexo. Dotados de almas idénticas, pero con instrumentos de relación diversos, aunque no sustancialmente distintos, se han de unir como se unen dos gotas de rocío en el espacio para llenar su gran misión: la tierna imaginación, el dulce sentimiento de la mujer ha de estar fortificado con la energía de la voluntad y el pensamiento profundo del hombre, constituyendo con esta unidad la vida armónica del espíritu.

Las huellas que en el espacio y el tiempo deja impresas el ser racional deben producir consecuencias no puramente individuales, sino también sociales; duplicidad que se traduce

con caracteres luminosos en el lazo conyugal, proporcionando la tranquilidad y el reposo hácia que gravita el hombre, pues el matrimonio realiza ambas uniones, satisface todas las aspiraciones, identifica, hasta donde le es posible, dos personalidades distintas, llevando la alegría del reposo, no inerte ni absoluto, sino el contento emanado de la actividad, armónicamente dirigida por seres diversos á un fin único. Es el ósculo de paz que el cielo dá á la tierra, la unión más estrecha posible de almas diversas y distintas en todas sus relaciones y para todas sus necesidades; es la gran institución social llamada á producir el estímulo de las adquisiciones, haciendo brotar del corazón humano el amor al trabajo; á realizar en la esfera práctica por medio de la unidad individual, de la variedad sexual y de la armonía resultante del lazo conyugal el desenvolvimiento del racional en los tres términos de unidad, variedad y armonía. El hombre y la mujer son necesarios el uno al otro como los dos principios constitutivos del trabajo; el matrimonio, en su dualidad indisoluble, es la encarnación del dualismo económico que se expresa por los términos generales de la producción y del consumo. Cadena cuyos eslabones no pueden romperse, pues son el pacto que nos une á Dios.

¿Pero esta unión ha de ser puramente física? ¿ha de ser meramente moral? ¿ha de ser la unión armónica de ambas?

Una unión solo física no es el matrimonio, es únicamente la satisfacción egoísta de un deseo; el hombre bajaría con ella hasta el lodo donde se revuelve el ser irracional, el bruto.

Una unión solo moral es únicamente un lazo de amistad; el hombre rompiendo la matizada gasa que vela las nubes, subiría al cielo á buscar la armonía producida por la síntesis de lo vario.

Debe, y esto lo reconocemos todos, basarse el lazo conyugal en la unión armónica de estas dos uniones, reflejando así en ella la síntesis de la unidad y de la variedad, la totalidad del ser humano.

La naturaleza del vínculo, la procreación de los hijos, de la vida de las familias, fin al que precisamente me concretaré por ser la creación típica de la sociedad en general, son los tres términos igualmente precisos, las tres derivaciones igualmente necesarias, los tres términos cuya síntesis forma el matrimonio.

Idea candente, por decirlo así, que funde nuestro corazón en sonrisas, en lágrimas de placer, que nos envuelve en dorada aureola, que abre horizontes donde se esplaya el alma, que nos alegra con sus misteriosos y desconocidos sentimientos, que descubre con mano firme el velo que encubre el purísimo porvenir donde todos los sistemas vitales, todas las bellezas, todas las ideas hallan su comentario y su intérprete en el hombre y la mujer, que penetrados de honda emoción, abatida la frente, y unidas sus manos, abren sus labios para articular una plegaria que sella de una manera indisoluble su unión.

La unión conyugal es un hecho universal y perdurable: el matrimonio existe y ha existido siempre. Aceptando, pues, su noción como hecho universalmente reconocido, veamos su desenvolvimiento en la historia, el progreso que la humanidad, ese hombre que vive siempre y aprende de continuo, la ha dado al través del espacio y del tiempo, y cuyos pasos podemos ver en tantas instituciones, en derruidos monumentos, en costumbres no olvidadas que vienen á ser mudas páginas, testigos elocuentes, piedras milinarias que ese gigante inmortal ha colocado en su camino para señalar su marcha triunfante al través de todas las ideas y de todos los obstáculos, realizando la magnífica epopeya del progreso humano.

Nuestro paso será ligero al recorrer los países orientales, esas regiones que sonrien bajo un cielo puro y esplendoroso; bañadas por

poéticos ríos y poetizadas por mares tan inmensos como la idea que les materializaba. En la India, primera manifestación de la idea oriental, donde la humanidad dió su primer vaguido de niño, el hombre desaparece en el seno de Dios así como una gota de agua se pierde entre las movibles olas del océano; el individuo está aquí estacionado, sin conciencia de su ser, sin ley y sin derecho, sin creencias elevadas y sublimes, sin aspiraciones propias que le den esperanza, sin sentimiento de su dignidad: el servilismo es su vida; su religión el panteísmo, el culto de la naturaleza. El pensamiento está apegado á ella como el alga al fondo del mar, la materia se desenvuelve en la materia; así es que el alma también se materializa, vive la vida del pobre pária, teocratizase, yace en el silencio y en la inmovilidad formando parte de la naturaleza: la individualidad aquí, envuelta en los sombríos pliegues de Brahma, sumérgese en aquella inmensidad que le rodeaba en el infinito, y vive en el infinito, y muere en el infinito.

Así es que este sentimiento de lo infinito, de lo incomprendible, sentimiento que el hombre materialista del Oriente no podía expresar por la palabra, lo traducía elocuentemente por la piedra levantada hasta el cielo, por los peñascos gigantes que acumulaba para dar formas eternas á su fe y que reflejan fielmente la inmovilidad, la teocracia y la esclavitud de aquellos pueblos.

Las pirámides más que el panteón de una raza, son un símbolo. Símbolo que revela las creencias de aquellos pueblos de expresar todas sus manifestaciones por la magnitud.

La vida social está aquí encerrada en la familia, pero en una familia truncada, en una familia sin vida. La mujer es solo una simple función, campo donde el hombre vierte su simiente; la poligamia mata en el corazón de la mujer la conciencia de su espontaneidad y de su dignidad.

Igual carácter presenta la familia en todos aquellos pueblos; en el fondo de ellos no hallamos más que el materialista panteísmo, en cuyo seno yace ahogado el sentimiento de lo bello; inspiración que hace brotar, como la espuma del mar hizo brotar á Venus, la dulce ternura y la sensibilidad de la mujer.

En la poética y riente perla del archipiélago, en la nacarada cuna donde la inspiración durmió su primer sueño, en la tierra clásica de las ciencias y de las artes donde el canto se hizo epopeya en los labios de Homero, y el himno oda en los de Safo y Píndaro, encontramos los mismos caracteres. El elemento político se depende aquí del religioso; y el hombre en vez de ser absorbido por la misteriosa religión confunde su personalidad y vida en la personalidad y vida del Estado.

Observamos la misma degradación en la sociedad doméstica; el sensualismo y el despotismo ahogan la vida y el sentimiento de la familia que se la envilece y se la hace esclava, esclava la mujer y los hijos. Mirad sino la república de Licurgo, y al estudiarla nos convenceremos de que allí todas las instituciones relativas al matrimonio solo tienden á dar al Estado ciudadanos que sepan morir con heroísmo en Maratón y en las Termópilas.

(Se continuará.)
ANGELINO ESTELLER.

LA CRUZ DE LA AGONÍA.

(Fantástica.)

Vinieron las nubes de otoño y el viento las convirtió en lluvias. La atmósfera, bañada de rocío, estaba pura, tranquila, transparente. En el suelo las verdes yerbezuelas y las blancas margaritas habían tejido una alfombra tupida y perfumada.

—Hermoso día. A cazar. Morrales á la espalda, ánimo y buena puntería.

A los roncós sonidos del caracol, los perros contestaron con alegres y ásperos ladridos.

Avanzó la montería por un valle de Sierra Morena, angosto y lóbrego, en cuyo fondo, al quebrarse entre pizarras las limpias aguas de un arroyuelo, murmuraban uniformes y suavísimos suspiros. El camino hacia de pronto una vuelta y torciendo á la derecha, desembocaba en una esplanada redonda, limpia de matorrales, y rodeada de fresnos, alcornoques y quejigos.

—Alto, señores, gritó el director de la montería.

Todos nos detuvimos, formando círculo en su derredor.

—Aquí se queda el rancho. Los ponedores colocarán á VV. en los pasos de costumbre. Montero, pasada media hora entrará V. con la trahilla en la mancha de Valdefresnos. Ahora, señores, añadió quitándose el sombrero, imploremos el auxilio del cielo. Dos padres nuestros por las Animas benditas y por las almas de los aficionados difuntos.

Padre nuestro:

Hecha esta breve oracion, la montería, dividida en dos mitades, trepó por las angostas y ásperas veredas, que enroscadas como inmensas culebras al rededor de los montes facilitan el paso hasta sus mas altas crestas.

El ponedor que iba al frente de nuestra partida contaría 60 años, y era alto, estrecho, huesoso y de severa fisonomía. Sus botines, calzones y chaqueta hechos de piel de jabalí, endurecidos con las aguas y la resina del monte, podían resistir la presión de un afilado puñal.

A la espalda llevaba un morral de piel de zorra y al cinto una canana de piel de vaqueta, en la que sujetaba un cuchillo de monte. Caminaba con paso suelto y seguro, sin que de sus labios brotase una sola palabra.

Al llegar á los pasos se paraba, y con acento breve y seco, decía á los cazadores:— V. se queda aquí. Buena puntería y hasta la vuelta.

Quedé solo con él.

—Tío Bartolo, le dije, dónde piensa V. colocarme.

—Usted y yo, vamos á la Cruz de la Agonía.

—¿Sabe V. que ese sitio tiene un nombre muy triste?

—Que importa el nombre, me replicó. Siga V. mis pasos.

Callé y le seguí. Al cabo de diez minutos estábamos en nuestro puesto.

Era un navazo triste y hondo, cubierto de brezos y juagarzos. En medio, labrada en tosca piedra, se alzaba una cruz, como de tres varas de altura: á su lado se levantaba otra de madera, mucho mas pequeña. En los pedestales de ambas habia, formando monton, muchas piedrecitas.

—Amigo mio, le dije al tío Bartolo ¿quiere V. explicarme el significado de estas cruces y de estas piedras?

—Se lo diré á V.; pero antes voy á registrar sus dos escopetas.

Y con suma atencion y cuidado echó las baquetas en los cañones, probó la fuerza de las llaves, y levantó los cebos para convenirse de que la pólvora asomaba en las chimeneas.

—Están corrientes, dijo, tomando asiento á mi lado, junto á la cruz de piedra. Ahora escuche V. lo que se cuenta de estas cruces.

Y tomando un cigarro de mi petaca, habló de esta manera.

—Esas piedras que V. vé representan otros tantos padres nuestros, echados al cielo por el descanso de dos hombres que encontraron el fin de sus dias en este sitio.

—Luego estas cruces....

—Están diciendo al cazador y al ganadero que frecuentan estos lugares:—Cristiano, aquí han muerto otros cristianos: ruega por ellos para que rueguen por tí.

—Quizás dos asesinatos....

—La cruz de madera trae á la memoria un crimen; la de piedra una desgracia.

—¿Sabe V. ambas historias?

—No, solo conozco la de la cruz de piedra.

En una noche de invierno, oscura y de muchos frios, de esas que hielan la sangre en las venas de los pobres, un caminante que se habia extraviado andaba por estos andurriales de Sierra Morena. El pobrecito, desconsolado y casi sin alientos, caminaba.... caminaba á la aventura de Dios, sin que divisara una choza de pastores, ni alcanzasen á ver sus ojos entre las densas sombras de la noche un campanario que le dijese:— Llégate infeliz: aquí tendrán remedio tus penas, porque aquí viven cristianos. El corazon se le iba comprimiendo en el pecho hasta reducirsele al tamaño de una avellana, y el frio, el hambre y el miedo le acababan por momentos los alientos vitales. La muerte, mala madrastra, se le acercaba despacio, lúgubre, sin consuelo humano ni divino.

El caminante extraviado anduvo... anduvo, hasta que, perdidas las fuerzas, vino á caer junto á esa cruz de madera que hacia muchos años estaba puesta aquí pidiendo incesantemente al cielo con los brazos abiertos descanso y gloria para la víctima: lágrimas santas de dolor y arrepentimiento para el asesino.

El caminante se abrazó al pié de la cruz y exclamó:—Dios mio, ¿qué vá á ser de mi muger? ¿qué de mis pobres hijos, los ángeles de mi casa?

La convulsion que se apoderó de su cuerpo todo, y el frio que le cortaba los huesos como si fuese un cuchillo, advirtieron al desdichado caminante que era llegada su última hora.

—Virgen santísima, que no muera yo condenado, murmuró con voz desfallecida, y cayó desmayado al pié de la cruz.

En este supremo instante, vió que una muger pura como el lucero de la alborada presentaba su alma en el tribunal Eterno.

—Hijo mio exclamó: esta alma pecó, y tiene necesidad de tu gloria. Justifíquese por tu gracia y por la sangre que derramastes en el Calvario.

—«Madre la soberbia la hizo rebelde en la tierra, soberbia no entra en el cielo.»

Al oír esta sentencia, el alma tembló como una hoja azotada por el huracan.

La justicia divina se le presentaba inmutable y eterna.

—«Tu pasion, continuó diciendo aquella muger purísima, fue la muerte de muchos delitos para la justificacion de los hombres. Mira este pecador contrito y humillado.»

—«Pesas mucho sus culpas.»

—«Cuando crece la maldad sobrepuja la gracia.»

—«Madre mia, la justicia.»

—«Hijo mio, la misericordia.»

—«Es preciso el castigo para que la virtud tengan mérito. Las aguas de misericordia no pueden salir de su cauce.»

—«Pues acrecientenla mis lágrimas, para que se estiendan y llenen la tierra toda.»

—«Madre mia, mucho quereis á los pecadores cuando verteis esas lágrimas.»

—«Mas lo quisistes tú, que derramaste toda tu sangre por ellos.»

El Hijo reclinó la cabeza en el castísimo seno de la Madre, y unidos en dulce abrazo, se perdieron en incommensurables abismos de luz, de misericordia y amor.

Cuando volvió el caminante de su letargo, los primeros albos del dia iban estendiéndose por el oriente. Recordó su vision, se abrazó de nuevo á la cruz y exhaló el último suspiro.

Así terminó el tío Bartolo su relacion.

—Lo que no comprendo, amigo mio, le dije, es cómo ha podido conocerse esa historia. Si el caminante murió solo al pié de la cruz ¿quién

ha revelado lo que pasó en su conciencia cuando pisaba los dinteles de la eternidad?

—Lo supo por vision aquella misma noche del suceso, un fraile pariente suyo de muy buenas costumbres, que murió en olor de santidad. Al dia siguiente, el buen religioso vino á este sitio, recogió el cadáver, dispuso que se le diese sepultura cristiana, y mandó levantar esta cruz. Así se lo oi contar á mis abuelos y éstos á los suyos.

Una lijera sonrisa asomó á mis lábios al oír esta respuesta.

—¿Se rie V.? me preguntó el tío Bartolo.

¿Se burla V. de mi historia?

—No, amigo mio, no me burlo; escucho y admiro. Las relaciones, las consejas, los cuentos y tradiciones populares tienen un fondo tan grande de buen sentido y de filosofia que me enamoran, me entusiasman. Qué me importa la veracidad de esa historia, si está llena de un puro espiritualismo? La sábia antigüedad pobló sus bosques de dioses; el norte de Europa los llena de trasgos, fantasmas y vampiros: dejemos al pueblo español, siempre católico y poeta, que grave en sus montañas la idea sublime de la debilidad del hombre, amparada y sostenida durante su tránsito en la tierra por la grandeza y misericordia de Dios. Crea V. en esa historia; y cuando venga como ahora, á la Cruz de la Agonía implóre V. la proteccion del cielo para V. y para el hombre que aquí murió.

—Los perros llaman de parada, señorito, dijo de pronto el tío Bartolo; un javalí vá á levantarse. Monte V. la escopeta y silencio.

En esto, un corzo esbelto, gallardo y ágil, saltó del monte y se paró en lo raso: como no le seguian los perros, tendió su cuello gracioso, y levantó su inteligente cabeza, explorando con tímidos ojos el terreno.

—Tírele V. antes de que venga el jabalí, murmuró el tío Bartolo á mi espalda.

—Obedeci este mandato, y las balas de mi escopeta se perdieron silbando en el aire. El corzo todo azorado dió un enorme salto; pero la escopeta del tío Bartolo le alcanzó en su huida y cayó desplomado en el suelo herido de muerte. Allí lanzó tres ó cuatro lastimeros balidos, y cerró para siempre los ojos á la luz.

—Pobre animal, dije contemplándolo. ¡Tu dolor es un motivo de placer para el hombre! ¡Pobre animal!

—Cargue V. de prisa. Los perros ostigan al jabalí, y vá á levantarse dentro de un momento.

—Eché la pólvora y las balas; y no teniendo confianza en esta carga tomé la segunda escopeta.

Ya era tiempo. El jabalí se habia levantado de su cama y tronchaba y crujió el monte en direccion nuestra.

—Bonita funcion, dijo el tío Bartolo. El animalaje parece que tiene colmillos.

De pronto el monte se abrió y velóz como una saeta, con la boca llena de espuma y las cerdas del lomo y la frente levantadas apareció entre los brezos un javalí monstruoso.

—Fuego á los codillos, gritó mi compañero con firmeza.

Disparé. Las balas de mi escopeta no tocaron la piel del animal; las del tío Bartolo le atravesaron los cuartos traseros.

El jabalí dió un violento empuje hácia adelante, y sintiéndose herido echó la espalda contra una madroña, resuelto á vender cara su vida, á morir matando.

Los perros animados con los tiros, y escitados con el olor de la sangre, lo rodeaban llenos de furia. Uno de los mas animosos quiso hacerle presa; pero los colmillos del jabalí le rajaron el vientre, y lo arrojaron muerto á seis varas de distancia.

—Voto al demonio, me dijo el tío Bartolo, que el jabalí vá á matar los mejores perros: esto



FLORERA.

es preciso que concluya: déme V. la escopeta que tiene carga.

Se la di.

El tío Bartolo avanzó con paso lento, pero firme hácia la fiera; cuando estuvo á diez varas de distancia, se preparó, y con voz fuerte y entera, gritó.

—Ven chiquito.

Irritado con esta provocacion el jabalí dejó á los perros y con la velocidad de una flecha se lanzó contra su nuevo enemigo.

Sereno, tranquilo, inmóvil como una estatua de piedra le esperaba éste. Ya la boca del cañon tocaba la herizada frente de la fiera cuando el tío Bartolo disparó. La escopeta no dió fuego, y el valiente cazador rodó á los piés del jabalí.

Fue un momento terrible. La fiera bufaba y se revolvia sobre su adversario vencido, acosada por los perros. Yo habia cargado mi escopeta; pero palpitaba mi corazon de un modo tan violento que no me atrevia á disparar por miedo de herir ó matar á mi compañero.

—Perros, grité con desesperacion. Monteros, sus, á la carga.

Con mi voz cobraron ánimo y dieron una furiosa embestida. El jabalí avanzó hácia ellos y entonces observé que el tío Bartolo llevó rápidamente su brazo derecho al costado izquierdo como buscando alguna cosa. Pasado un instante, la fiera volvió á tomar posesion de su presa.

Aquella escena angustiosa, lúgubre, llena de tremendos peligros, se prolongaba demasiado. El jabalí cada vez mas irritado agitaba su enorme cabeza, armada de afilados colmillos.

—¡Oh Dios mio! exclamé volviendo los ojos al cielo. ¡Qué desgracia!

En este instante, cuando desfallecido iba á caer en el suelo, ví vacilar al jabalí, tender los brazos hácia adelante buscando un punto de apoyo, valancearse y rodar derramando un chorro copioso de sangre negra y caliente.

El tío Bartolo, con brazo sereno, firme y duro como un tornillo, acababa de hundir su cuchillo de monte en el corazon de la fiera.

Corrí al encuentro de mi compañero, le abracé lleno de gozo, y estreché sus manos entre las mias.

Estaba tranquilo. La sangre circulaba caliente y pausada por sus venas.

—¡Oh! tiene V. un corazon de héroe, le dije. Su valor le ha salvado.

Sí, señor, replicó, de algo ha valido ese pedazo de sangre que me late dentro del pecho; pero... vamos á darle gracias á Dios.

Y ambos, con la oracion del agradecimiento en los lábios, caimos de rodillas sobre el tosco pedestal de la Cruz de la Agonia.

LUIS NAVARRO Y PORRAS.

EL MUSEO LITERARIO.

En vista de la grande aceptacion que ha obtenido el primer número de nuestro periódico, y deseando corresponder á la galantería de nuestros suscritores, hemos adoptado otro tipo de letra con el objeto de proporcionarles mas lectura.

PUNTOS DE SUSCRICION.

En Valencia, Administracion del periódico, imprenta de José Rius, plaza de San Jorge, núm. 3; y en el centro general de suscripciones de Don Manuel Carboneres, plaza de la Constitucion, librería de D. Juan Mariana, Hierros de la Lonja.

En Madrid, librería de D. Carlos Moro, Puerta del Sol.

En las demás provincias en todas las principales librerías.

GEROGLÍFICO.

UN ser mal y d

dias
dias dias
dias dias dias infortunios SE B infortunios
dias dias
dias

infortunios
infortunios

La solucion en el próximo número.

PROPIETARIO D. G. F.

Editor responsable: D. Manuel Alufre.

Imprenta de José Rius, plaza de San Jorge, 3.